

- Tanto espumillón queda fatal, abuela.
- Pues a mí me gusta, cállate y échame un poco más de sidra. Y deja de tocarlo que al final lo tiras y no tengo ganas de poner por quinta vez la estrella.
- Pero si está torcida – se ríe Carla mirando a su abuela mientras se come el tercer trozo de turrón.
- Tú si que estás torcida... ¿ Habréis traído “perras” para el bingo, no?

La puerta se cerró hace unos meses, cuando Marisa dejó en un rincón la bolsa de la playa, el flotador de unicornio deshinchado y el monopatín . Respiró. El frío aire se colaba por debajo de la puerta del trastero y por eso estaba convencido de que en unos días ella volvería a por él.

Quizá este año conociera al novio de Carla, de ese que hablaba “a escuchetes” con Silvia. Desde que dejaban los brillantes zapatos de charol a su lado, las primas habían sido siempre muy cómplices ¡ Qué ilusión verlas por la mañana abriendo los regalos ! Una Nancy , el libro de Mujercitas, un bastidor de madera, unos gorros de lana con manoplas a juegos... papeles de regalo y lazos esparcidos por el suelo del salón mientras dos tazas de chocolate humeaban en la mesa camilla y la abuela sonreía feliz.

No podían tardar . Se oían pisadas...o no. ¿Marisa había metido la llave en la cerradura? Quizás. Pero él seguía metido en esa vieja caja de cartón junto a la bolsa con el espumillón ochentero y las bolas doradas y rojas. ¿Por qué este año no había navidad en esa casa?

De repente, le pareció oír un villancico ... a lo lejos...

“Recordar tu infancia podrás
al llegar la blanca Navidad...”

El abeto, por fin, esbozó una leve y esperanzada sonrisa.